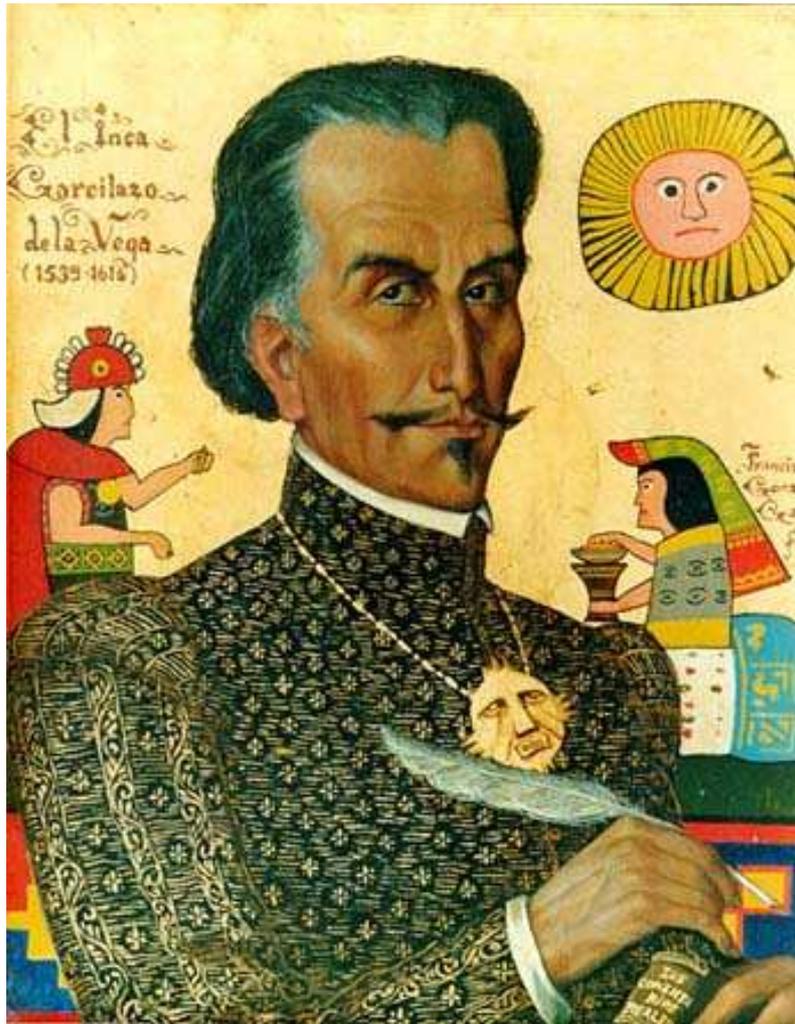


REVISTA LITERARIA KATHARSIS

Égloga 1

Garcilaso de la Vega (1501-1536)



Digitalizado por Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Garcilaso de la Vega 1501 - 1536

Égloga 1

AL VIRREY DE NÁPOLES

Personas: SALICIO, NEMOROSO

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.

Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo,
ahora estés atento sólo y dado
al ínclito gobierno del estado
albano, agora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra el fiero Marte;

agora, de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza, el monte fatigando
en ardiente ginete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando:
espera, que en tornando
a ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita, innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras,
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

En tanto que' ste tiempo que adevino
viene a sacarme de la deuda un día
que se debe a tu fama y a tu gloria
(que's deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria),
el árbol de victoria

que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
de lugar a la hiedra que se planta
debajo de tu sombra y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores;
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie d'una alta haya, en la verdura
por donde una agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado;
él, con canto acordado
al rumor que sonaba
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente,
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía,
y así como presente,
razonando con ella, le decía:

SALICIO

¡Oh más dura que mármol a mis quejas
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
témola con razón, pues tú me dejas,
que no hay sin ti el vivir para qué sea.

Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿D'un alma te desdeñas ser señora
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre

paciendo va segura y libremente,

 cuál con el sol presente

 va de nuevo al oficio

 y al usado ejercicio

do su natura o menester l'inclina;

siempre está en llanto esta ánima mezquina,

cuando la sombra el mundo va cubriendo

 o la luz se avecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

 Y tú, desta mi vida ya olvidada,

sin mostrar un pequeño sentimiento

de que por ti Salicio triste muera,

dejas llevar, desconocida, al viento

el amor y la fe que ser guardada

eternamente solo a mí debiera.

 ¡Oh Dios!, ¿por qué siquiera,

 pues ves desde tu altura

 esta falsa perjura

causar la muerte d'un estrecho amigo,

no recibe del cielo algún castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo,

¿qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte m'agradaba;
por ti la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuánto m'engañaba!

¡Ay, cuán diferente era

y cuán d'otra manera

lo que en tu falso pecho se escondía!

Bien claro con su voz me lo decía

la siniestra corneja, repitiendo

la desventura mía.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío

llevaba (por pasar allí la siesta)

a abrevar en el Tajo mi ganado;

 y después de llegado,

 sin saber de cuál arte,

 por desusada parte

y por nuevo camino el agua s'iba;

ardiendo yo con la calor estiva,

el curso enajenado iba siguiendo

 del agua fugitiva.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

 Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?

Tus claros ojos, ¿a quién los volviste?

¿Por quién tan sin respeto me trocaste?

Tu quebrantada fe, ¿dó la pusiste?

¿Cuál es el cuello que como en cadena

de tus hermosos brazos añudaste?

 No hay corazón que baste,

 aunque fuese de piedra,

 viendo mi amada hiedra

de mí arrancada, en otro muro asida,

y mi parra en otro olmo entretejida,

que no s'esté con llanto deshaciendo

hasta acabar la vida.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no s'esperará d'aquí adelante,
por difícil que sea y por incierto,
o qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué terná por cierto,
o qué de hoy más no temerá el amante,
siendo a todo materia por ti dada?

Cuando tú enajenada
de mi cuidado fuiste,
notable causa diste,
y ejemplo a todos cuantos cubre'l cielo,
que'l más seguro tema con recelo
perder lo que estuviere poseyendo.

Salid fuera sin duelo,
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de'speranza
d'alcanzar lo imposible y no pensado
y d'hacer juntar lo diferente,

dando a quien diste el corazón malvado,
quitándolo de mí con tal mudanza,
que siempre sonará de gente en gente.

La cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ajuntamiento,
y con las simples aves sin rüido
harán las bravas sierpes ya su nido,
que mayor diferencia comprehendo
de ti al que has escogido.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
y en el invierno abundo; en mi majada
la manteca y el queso está sobrado.
De mi cantar, pues, yo te via agradada
tanto, que no pudiera el mantüano
Títero ser de ti más alabado.

No soy, pues, bien mirado,
tan diforme ni feo,
que aun agora me veo
en esta agua que corre clara y pura,

y cierto no trocara mi figura

con ese que de mí s'está reyendo:

¡trocara mi ventura!

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?

¿Cómo te fui tan presto aborrecible?

¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?

Si no tuvieras condición terrible,

siempre fuera tenido de ti en precio,

y no viera este triste apartamiento.

¿No sabes que sin cuento

buscan en el estío

mis ovejas el frío

de la sierra de Cuenca, y el gobierno

del abrigado Estremo en el invierno?

Mas ¿qué vale el tener, si derritiendo

m'estoy en llanto eterno?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen

su natural dureza y la quebrantan;

los árboles parece que s'inclinan;
las aves que m'escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen
y mi morir cantando m'adevinan;
 las fieras que reclinan
 su cuerpo fatigado
 dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí t'endureciste,
los ojos aun siquiera no volviendo
 a los que tú hiciste
salir, sin duelo, lágrimas corriendo.

Mas ya que a socorrerme aquí no vienes,
no dejes el lugar que tanto amaste,
que bien podrás venir de mí segura.
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
ven si por solo aquesto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
 ves aquí un' espesura,
 ves aquí un' agua clara,
 en otro tiempo cara,

a quien de ti con lágrimas me quejo;
quizá aquí hallarás, pues yo m'alejo,
al que todo mi bien quitar me puede,
 que pues el bien le dejo,
no es mucho que'l lugar también le quede.

 Aquí dio fin a su cantar Salicio,
y suspirando en el postrero acento,
soltó de llanto una profunda vena;
queriendo el monte al grave sentimiento
d'aquel dolor en algo ser propicio,
con la pesada voz retumba y suena;
 la blanda Filomena,
 casi como dolida
 y a compasión movida,
dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso,
decidlo vos, Píerides, que tanto
 no puedo yo ni oso,
que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas puras, cristalinas,
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno:

yo me vi tan ajeno

del grave mal que siento,

que de puro contento

con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría

por donde no hallaba

sino memorias llenas d'alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso en el reposo,
estuve ya contento y descansado,
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome, durmiendo aquí algún hora,

que, despertando, a Elisa vi a mi lado.

¡Oh miserable hado!

¡Oh tela delicada,

antes de tiempo dada

a los agudos filos de la muerte!

Más conveniente fuera aquesta suerte

a los cansados años de mi vida,

que's más que'l hierro fuerte,

pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí, como colgada,

mi alma, doquier que ellos se volvían?

¿Dó está la blanca mano delicada,

llena de vencimientos y despojos,

que de mí mis sentidos l'ofrecían?

Los cabellos que vían

con gran desprecio al oro

como a menor tesoro

¿adónde están, adónde el blanco pecho?

¿Dó la columna qu'el dorado techo

con proporción graciosa sostenía?

Aquesto todo agora ya s'encierra,
por desventura mía,
en la oscura, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver, con largo apartamiento,
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?

El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego, sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca paze
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena;

no hay bien qu'en mal no se convierta y mude.

La mala hierba al trigo ahoga, y nace

en lugar suyo la infelice avena;

la tierra, que de buena

gana nos producía

flores con que solía

quitar en sólo vellas mil enojos,

produce agora en cambio estos abrojos,

ya de rigor d'espinas intratable.

Yo hago con mis ojos

crecer, lloviendo, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,

y en cayendo su rayo, se levanta

la negra escuridad que'l mundo cubre,

de do viene el temor que nos espanta

y la medrosa forma en que s'ofrece

aquella que la noche nos encubre

hasta que'l sol descubre

su luz pura y hermosa,

tal es la tenebrosa

noche de tu partir en que he quedado

de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte'l tiempo determine
 que a ver el deseado
sol de tu clara vista m'encamine.

 Cual suele'l ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos entretanto
que del amado ramo estaba ausente,
 y aquel dolor que siente,
 con diferencia tanta
 por la dulce garganta,
despide, que a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
 trayendo de su pena
el cielo por testigo y las estrellas,
desta manera suelto yo la rienda
a mi dolor y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada;

ella en mi corazón metió la mano
y d'allí me llevó mi dulce prenda,
que aquél era su nido y su morada.

¡Ay, muerte arrebatada,
por ti m'estoy quejando
al cielo y enojando

con importuno llanto al mundo todo!

El desigual dolor no sufre modo;
no me podrán quitar el dolorido

sentir si ya del todo

primero no me quitan el sentido.

Tengo una parte aquí de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se m'apartan;
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecer me siento que sobre'llos
nunca mis ojos de llorar se hartan.

Sin que d'allí se partan,
con suspiros calientes,

más que la llama ardientes,

los enjugo del llanto, y de consuno
casi, los paso y cuento uno a uno;

juntándolos, con un cordón los ato.

Tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.

Mas luego a la memoria se m'ofrece
aquella noche tenebrosa, oscura,
que siempre aflige esta ánima mezquina
con la memoria de mi desventura.

Verte presente agora me parece
en aquel duro trance de Lucina;

y aquella voz divina,
con cuyo son y acentos

a los airados vientos
pudieran amansar, que agora es muda,
me parece que oigo, que a la cruda,
inexorable diosa demandabas

en aquel paso ayuda;
y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?

¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
¿Íbate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar a tal crüeza,
que, comovida a compasión, oído

a los votos y lágrimas no dieras,

por no ver hecha tierra tal belleza,

o no ver la tristeza

en que tu Nemoroso

queda, que su reposo

era seguir tu oficio, persiguiendo

las fieras por los montes y ofreciendo

a tus sagradas aras los despojos?

¡Y tú, ingrata, riendo

dejas morir mi bien ante mis ojos!

Divina Elisa, pues agora el cielo

con inmortales pies pisas y mides,

y su mudanza ves, estando queda,

¿por qué de mí te olvidas y no pides

que se apresure el tiempo en que este velo

rompa del cuerpo y verme libre pueda,

y en la tercera rueda,

contigo mano a mano,

busquemos otro llano,

busquemos otros montes y otros ríos,

otros valles floridos y sombríos

donde descansa y siempre pueda verte

ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte?

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que solo el monte oía,
si mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol orladas d'oro,
no vieran que era ya pasado el día;

la sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acusando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.

Breve biografía



Garcilaso de la Vega (1501-1536)

Nació en Toledo en 1501 y murió en Niza en 1536. Después de una vida de perfecto "cortesano" del Renacimiento, combatió con las tropas del emperador Carlos V, fue herido en Frejus y murió en Niza. Su obra se compone de Sonetos, Canciones, Elegías y sobre todo tres admirables Églogas, de inspiración virgiliana y de factura perfecta. En sus poemas adoptó los metros italianos por consejo de su amigo Juan Boscán. Garcilaso conoció una gloria inmensa e inmediata que le llevó a ser considerado como clásico ya en el Siglo de Oro. El Brocense y el Divino Herrera lo anotaron. San Juan de la Cruz lo imitó, Lope de Vega lo elogió y Cervantes mismo lo ensalzó. En los siglos XVIII y XIX su gloria conoció un eclipse, pero los poetas de la primera mitad de la centuria actual, singularmente Alberti, Salinas, Altoaguirre y Miguel Hernández, han vuelto a hacer de él una gran figura de las letras españolas.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2010 Revista Literaria Katharsis 2010